

## LA OSCURIDAD DE LOS PECES DE CORAL

Rechazó el ofrecimiento mediante un gesto hosco y, en su fuero interno, restalló la memoria de aquellos años perdidos en el tiempo, años de privaciones y renunciaciones, viendo pasar la vida en una vieja radio galena que era como un general prusiano barrigón, y ocultándose de mil demonios que llamaban a su puerta para invitarla a comer chuletas en Las Moreras o a daiquiris y *algo más* en Pasapoga. Ya hacía tiempo que se había retirado de la circulación. Ahora era *la puta de Franco*, y tenía libre acceso todos los martes y jueves para entrar en el Palacio del Pardo, acompañando a las carnes de buey y los caldos de la Ribera Sacra, viandas que generosamente regalaban unos paisanos eternamente agradecidos. Paco era, además, como un soldadito de plomo con fajín de Estado Mayor. Daba gusto verlo entrar en las caballerizas, y cómo saltaba con patitas cortas tal que una ranita de cuento, esperando a que le creciera la virilidad para darse su restregón, cinco minutos de amor venéreo, y terminar rodando en perfecta comunión por un lecho de paja ante la curiosa mirada de los caballos andaluces. Cuando daban las diez de la noche, venía el ayuda de cámara, le cepillaba la pechera, le ajustaba el pantalón abombachado y salía disparado hacia el dormitorio de Carmencita. Allí, tras darle gracias a Dios y a la Providencia, besaba la frente de la niña y salía en busca de doña Carmen para pasear por los jardines y seguir haciendo historia. Era feliz en su actual estado, vivía en un ático de Reina Victoria con vistas a la sierra de Guadarrama, por eso le extrañó el ofrecimiento de aquel hombretón con bigotes de micifuz que se presentó como notario de su Excelencia. No volvería a las calles, ni loca. Por nada del mundo volvería a sentir la áspera caricia de los inviernos sobre su piel de nácar. Eso pensó. Que

viniera a decírselo a la cara, le dijo a aquel funcionario que fumaba puros habanos y que no tuvo siquiera el buen gusto de quitarse el sombrero mientras le extendía documentos y cédulas que ella no quiso leer ni firmar.

La noche en que se vio con una maleta de cartón y un perro de lanas en la Glorieta de Cuatro Caminos, fue el peor momento de su vida. Las humillaciones, los estigmas de su condición, no la habían marcado como aquel confuso momento en que la obligaron a dejar la casa. Arrastrada por tres soldados de la guardia personal, abandonó el edificio de Reina Victoria 47 por la escalera de servicio. Después de escoltarla durante unos metros, le dieron una carta del amante repudiador y le hicieron entrega de siete mil pesetas en concepto de liquidación por los servicios prestados.

*Querida niña, agradezco tu entrega incondicional y tu disposición para hacerle la vida más llevadera...* Blablabla. No terminó de leer la carta. Aquel enano grotesco acababa de darle la patada de Charlot, y ahora no tenía tiempo para cobrarse venganza o negociar un pacto más ventajoso. Recordó la foto que llevaba en el bolsillo interior de la maleta. Fue en una noche de primavera del pasado año. Él estaba achispado, y no se enteró cuando disparó el flash de la cámara. La verdad es que la foto tenía algo de histórico. No era tan fácil ver los genitales de un dictador colgando como dos huesos rojos de melocotón. Buscó la puerta principal de la Dirección General de la Vivienda, apenas a unos metros de distancia, y tras comprobar que no había moros en la costa, fijó la imagen contra la puerta de cristal. Por la mañana los viandantes verían las intimidades de aquel prohombre. Sonrió, paró un taxi y le dio al conductor la dirección de un hostel en Huertas. Su vida volvía a iniciarse, como cuando llegó

del pueblo. Ahora solo le faltaba sustituir la juventud por la cosmética y encomendarse al buen fario.